

UN HOMBRE TODO CORAZON EN UNA TIERRA DE CORAZONES

Por LUCAS GUILLERMO CASTILLO LARA

El sentido entrañable de un homenaje

Honroso encargo éste que se me ha conferido, de ser el portavoz del homenaje que Venezuela entera ofrece al Excelentísimo Monseñor Francisco José Iturriza, Obispo Emérito de Coro. Homenaje justiciero que la Patria le debía por su vida luminosa, sus altos ejemplos, su devocionada entrega a esta tierra falconiana y a través de ella a Venezuela toda.

En nombre de esta Venezuela encarnada hoy en esta porción entrañable de la nutricia heredad, vengo a ofrendarle al Excelentísimo Monseñor Francisco José Iturriza no sólo unas palabras y un homenaje, sino el corazón de los venezolanos que se entrega agradecido a un hombre que es todo corazón.

Permitidme ahora presentar también mis enhorabuenas personales a este Monseñor del cariño y entregarle el más fervoroso abrazo de congratulación. En él está presente el afecto que me nació desde mis primeros años colegiales, cuando fui su discípulo y el recuerdo familiar de tanta gente mía que también ha sido suya: De Monseñor Castillo, el santo Obispo de Coro, y de mi padre don Rosalio ya vestidos de eternidad: Y de mi hermano el hoy Cardenal Rosalio Castillo Lara, su hermano en la Orden Salesiana y en el Episcopado.

Y en ese congratular se comprende también a esta tierra, no sólo porque nos enseñaron a quererla como propia, sino porque ella es el marco vital de la gran aventura espiritual de este ilustre Obispo emérito de Coro. Pues si Monseñor Iturriza fue valenciano por su padre y por su nacimiento, y fue cumanés por la sangre materna, ahora y para siempre es fundamentalmente coriano. Porque si la gracia de Dios le dio la heredad de esta Iglesia, él tanto ha amado a esta tierra, que terminó por volver a nacer en las entrañas del coriano cariño como uno de sus más dilectos hijos. Y a la madre hay que festejarla junto con el hijo.

Como la tierra los hombres

Tierra caquetía de soles y médanos, de vientos y brisas, de recia ardentía, de costa ariseca y llanura enfebrecida. Coro es un milagro de vida cuyo canto repiten

los otros pueblos falconianos. Los hombres comienzan más allá de donde lo posible alcanza y la tierra comienza donde lo imposible arranca.

Se puede iniciar un recuento de la tierra por su perfil de costa limpia y dorada arena, que orla de espumas y olas un mar azul intenso que se funde con el cielo. La Península yergue altiva su paraguana cabeza y los médanos caminan en los brazos largos del viento, entre Mitare y más allá de La Vela. Atrás el verde azulado de la sierra, y de resto la llanura rojiseca, de ondulados y pedregosos colinajes. Quebradas de fauces secas que no amamantan las ubres del agua y agobiados jinetes de sed que cabalgan los arenales. Un sol aindiado calcina el aire hasta tostarlo y en los ardidios mediodías un bochorno de fuego envuelve los seres y las cosas, pero la brisa trae el alivio de su dádiva de frescura.

La vegetación xerófila, rala y exigua, surge de la abrasada tierra. Alza los brazos penitentes de sus cardonales, se retuerce en las increíbles formas de sus cactáceas, se abre en el milagro paciente de los cujies y se achaparra entre bromeliáceas y espinosos matorrales. Los islotes verdes de uno que otro árbol alzan la frescura de sus ramajes en el leonado paisaje. En los largos veranos todo se mustia y marchita y la naturaleza termina por crucificarse sobre la tierra que jadea en estertores de ser. Parece casi imposible que la vida pudiese alentar allí, pero la vida continúa existiendo con obstinada valentía.

En mayo cuando se presente el rostro nuboso de incipientes lluvias, la esmirriada y desnuda vegetación comienza a parir verdes y flores y brotar escondidos frutos silvestres. Veras y curaríes cuajan de oro intenso sus desnudos ramajes. Los frutales cardones regalan su cosecha de verdes y lisas "lefarias", de pulpa dulce: "Datos" espinosos y redondeados, recogidos al frescor mañanero para conservarle su miel: "Guanjos" de delicado aroma y carne blanca o rosada. Los arbustos de "chiguare" cuelgan sus frutos rojos y violáceos y "jaques" y "niguitos" exhiben su muestrario. Agridulces y espinosas "mayas", "zuzacas" y "tecos", mamones y coto-perices, regalo del paladar. El inclemente clima vuelve a adormecer ese mundo vegetal, pero los largos y copiosos aguaceros de octubre reviven todo a plenitud y las siembras y conucos desbordan airosos su función de vida.

Como la tierra los hombres, recios y secos en la costra pero adentro está la celeste savia. Esquivos como el agua y agradecidos como la sed satisfecha. Asperos y duros por fuera pero generosos en darse cuando se encuentra el camino de su corazón, porque sólo necesitan el agua del cariño para brotar la mejor floración de sus sueños.

Tierra y gente de tales calidades vieron llegar un día de muchos atrás a Monseñor Iturriza, y como él venía por las rutas de la humildad, de la mansedumbre y del amor, supo descifrar el secreto por dónde iba el camino del corazón. Y así encontró un lugar señero en la veneración falconiana. Porque el pueblo sabe con profunda intuición quién está cerca de su corazón y por eso se le ha entregado con devoción filial.

Del buen linaje y la buena tierra

Monseñor Francisco José Iturriza Guillén es hombre de buena tierra y linaje de buena ley, como acertadamente lo calificara el doctor Oscar Beaujon, ese alto valor de la corianidad. La estirpe paterna de los Iturriza, de la casa de Beizama, acunaba su ancestro en la guipuzcoana tierra de Tolosa, y de allá se desprendió una rama que vino a encontrar su punto cardinal en esta tierra venezolana. De uno a otro Francisco, en donde se intercala hasta un Lucas, el linaje terminó por asentarse en la altiva y señorial Valencia. En esa ciudad del Tacarigua estaba el núcleo familiar en 1877, cuando nació el padre del Obispo, don Francisco, después doctor en Ciencias Políticas.

Por los caminos marineros del cercano Puerto Cabello ese valenciano Iturriza fue a recalar a Cumaná, y un 24 de setiembre de 1900, cuando se iniciaba este siglo enredaba corazón y vida a la tierra guaiquerí al contraer matrimonio con doña Mercedes Elvira Guillén Quintero. De esos genes cumaneses le debe venir al Obispo el acento luminoso de su sonrisa, la profundidad de su límpido mirar y el sentido lírico que le ronda las entretelas del alma.

Porque Cumaná es tierra de poesía y poetas, de sueño y enamoradas singladuras.

Una vez le dije a esa ciudad en sentida evocación, y lo repito en recuerdo a la madre de Monseñor: “¡Cumaná! vigía en muralla de cielo. Cofiera de la esperanza en atalayas de costa y nube. ¡Cumaná! por cualquier lado que se te mire das azul, por cualquier parte que se te agarre das aire o agua. La tierra es sólo sostén para el agua o para marcar la costa. El viento se acorralla en las jarcias de los árboles, ruge y canta en el agua desatada. ¡Qué mar de blancos y voces de espuma! Cuando la brisa lo huella parece un mar de algodón que vuela. ¡Cumaná! si estuvieras sobre la playa norte, frente al mar abierto y caribe, quizá serías más seca y más salada. Tendrías cara adusta y perfiles de acantilado, y serías costa blanca arayera con virginidad de sal en salinas amanecidas. A su costado no estaría el Golfo ni tendrías al Manzanares. Pero resulta que por estar amarrada en el Golfo o por ser Cumaná o porque así lo quiso Dios, eres un perfil tibio de costa suave, como el leve quiebro de una cintura, como el esguince de una gaviota para no tropezar con la nube. ¡Cumaná! Dios y los hombres te han clavado aquí, en tu punto exacto, con una amarra de Manzanares para que no te fueras a navegar espumas sobre cualquier caracola” (*Cumaná. Notas para el azul y la entrega de una ciudad. Los hombres y sus muros*. Caracas, 1971).

La valenciana tierra natal

La historia de Monseñor Iturriza es muy sabida, pero no por eso es menos necesaria recontarla. Los esposos Iturriza-Guillén se aposentaron en la tradicional Valencia y un 21 de mayo de 1903, tal día como hoy, nació Francisco José, este Ilustre Obispo emérito de Coro.

Se unían en él las prosapias de Iturriza, Sánchez, Espinoza de los Monteros, Guillén y Quintero. Del ancestro guipuzcoano le debió venir la reciedumbre del

carácter labrado en piedra berroqueña, para soportar embates y contradicciones. Por la vertiente materna le adviene la castellana tierra, que quizá le agrega la austera profundidad de lo ascético. El mismo Obispo le canta a Castilla en uno de sus versos: "Maravilla de la tierra/ De la tierra castellana/ La mas ancha, la mas bella/ De aquesta, mi madre España". (DOUGLAS MILLÁN. *Monseñor Iturriza: Poeta inédito*. "La Religión").

El resultado fundamental fue esta sangre alumbrada en la alquimia de la nueva tierra, que le dio esencia y color a la antañona prosapia vuelta criolla por más vascos, castellanos o franceses que fueran los apellidos o los genes que corrieran por sus venas. Sobre ella cayó la carga telúrica de su tierra natal, que impregnó con su luz, su alegría, su fino humor, su dinamismo constructivo la sensibilidad de aquel ser que se formaba bajo su cielo.

De esta Valencia dije antaño en un breve elogio: "Tierra y agua. Arbol y cielo. Fuerzas telúricas para la definición de una ciudad. Y luego el hombre ahondando sobre todo. ¡Valencia! Tierra que se mira en el agua. Agua que se acuna entre juncos y enneas, con claro y suave nombre de mujer: ¡Tacarigua! Luz que se anida en los cielos y es presencia inquieta de savia en el sol derramado. Tierra dulce como alfondoque recién batido. ¡Hombre! Como la tierra y el agua, como el árbol y el cielo. Multiforme en su espíritu. Con la fortaleza de sus samanes para expresar su temple, con la quieta serenidad de su laguna para entregar su armonía. Con el humor cabalgando al filo de su risa. Hombre que es surco y terrón y alta torre. Palabra que se abre, voz que se encierra. Señorial y altivo. Tempestuoso o sereno. Generoso en el dar pero más en el construir. Con dinamismo, con fe, con pasión, con entrega, soñando sueños que el camino hace amanecer. Así es el hombre que se sembró en esta tierra o que nació de su raíz" (*Apuntes para un breve elogio de Valencia. Cuando los pasos afincaron su rumor*. Caracas, 1968).

El despertar de una vocación juvenil

La vida siguió su curso en el hogar valenciano de los Iturriza Guillén, entre un florecer de hijos y un quieto acompasar de cadencias ciudadanas. A Francisco José lo adivinamos en esa infancia gozosa y feliz de aquella rural Valencia, de las primeras décadas de este siglo. En la escuela de su prima Josefa Monagas Guillén aprende las primeras letras, y continúa su primaria en el Colegio de la Divina Pastora. Aquí comienzan los primeros atisbos de su inclinación religiosa, que luego se acentúa al ingresar en 1915 en el afamado Colegio Salesiano Don Bosco de Valencia, donde cursa el bachillerato. Pancho Pepe, como lo llamaban sus compañeros, es un buen estudiante y con su despierta inteligencia asimila con facilidad todos los conocimientos que se le imparten. Es también un muchacho ágil, despierto, inquieto y bullicioso, que sobresale en los deportes que practica, un elemento fundamental en la pedagogía salesiana. Es un buen jugador de tenis, fútbol y sobre todo de beisbol, donde se convierte en un pelotero estrella.

El llamado de Dios seguía rondándole por dentro y el Padre Enrique de Ferrari, Director del Colegio, que había aquilatado la magnitud de aquella vocación

religiosa, la fue modelando con amorosa unción. Termina su bachillerato en 1918, y aunque se abría ante él una brillante carrera humana opta por la más sacrificada, la más dura, la más llena de renunciamentos del sacerdocio, pero también la más admirable para el servicio de Dios y de los hombres. Decide hacerse salesiano y con su flamante título de bachiller se va a cursar el noviciado a Colombia a la ciudad de Mosquera.

Ya en su vida afectiva ha acaecido el primer y más doloroso desgarramiento íntimo con la orfandad de la madre. Ahora el desasirse de la vida familiar, sobre todo del padre al cual estaba aferrado con toda la fuerza de su juvenil sensibilidad. Don Francisco, el padre, que también era poeta, expresa en conmovidos y cristianos versos aquella entrega que hacía del hijo a Dios: "Me dices que te alejas, hijo amado/ Porque del Cielo has de seguir la voz,/ No importa que te vayas de mi lado/ Para acercarte a Dios/ . . . ¡Oh Jesús! Si al redil de vuestro Padre/ Se acoge el siervo que escuchó su voz,/ Asistidle, Señor que está sin madre/ Porque se fue hasta Dios".

La vida Salesiana

Las etapas formativas del novel salesiano se van cumpliendo dentro del riguroso estudio de las disciplinas humanísticas, en especial la Filosofía. En 1920 recibía la sotana que le acompañará toda la vida, y al año siguiente hacía su primera profesión religiosa y se abrazaba a la familia salesiana con los votos de Obediencia, Pobreza y Castidad.

Regresa a la patria en 1922 y en el Colegio San Francisco de Sales, en Caracas, realiza su tirocinio, una de las etapas más duras en la formación de los salesianos en aquellos tiempos.

Antes de las 5 de la mañana debía levantarse, hacer la oración comunitaria y asistir a los alumnos internos en el dormitorio, donde él también tenía su celda y luego continuar en la Capilla, en el comedor, en el estudio y en las clases que le correspondía dictar, que no bajaban de 20 horas semanales. Botánica, Geografía e Historia de Venezuela que se encendía en los ritmos vibrantes de los relatos de Eduardo Blanco. Gramática y Literatura, y la vena poética que le venía de estirpe se insinúa tímida en los versos que se esconden en algún cuaderno de apuntes. Los recreos no eran tiempo para el descanso sino para actuar activamente junto con la bullente muchachada. Y en el medio de toda esa ajetreada actividad hacer sus rezos y prácticas de piedad y todavía encontrar algún tiempo para preparar clases, corregir tareas y aun para sus propios estudios. Asombra tal capacidad de esfuerzo y sacrificio.

Conforme al espíritu y la pedagogía de Don Bosco el salesiano debía ser esencialmente dinámico, pues era necesario convivir con los muchachos, fomentar y participar en sus juegos, deportes y ejercicios físicos como una forma de educarlos. Y en todo ello el salesiano Iturriza era un consumado experto, y como avezado deportista se hacía admirar con sotana y todo por su destreza y veteranía beisbolera, o su habilidad futbolística. Pero sobre todo descollaba por sus excelentes condi-

ciones de excursionista en los paseos sabatinos al Avila, La Silla o Naiguatá al frente de una alegre muchachada, y para acicatearlos en su entrenamiento físico se encaramaba fácilmente a la alta torre del molino que se alzaba en la patio del colegio.

Al terminar la etapa del tirocinio, Iturriza completaba sus estudios teológicos en el teologado salesiano de La Vega. En 1928 ascendía al Sacerdocio, al recibir la Consagración y ser marcado para siempre con el sello eterno del Orden. Sacerdote de Cristo. Ungido por Dios para dispensar su misterio. Su palabra en los labios y en las manos su cuerpo vivo, palpitante en la blancura de una Hostia, estremecido en las insondables profundidades que le comunicaba el espíritu. Como dice la Escritura: "Cerca está de ti la palabra, en tu boca y en tu corazón: Esta palabra es la fe que predicamos" (*Romanos*, 10-8).

Comienza entonces en forma definitiva la sacrificada vida del salesiano. Valera, Caracas, Valencia, Los Teques y otra vez Valera. Consejero, Prefecto, Director y siempre y en todo momento Maestro, Educador y Sacerdote. Hoy un colegio, mañana otra institución otros, paisajes, otros jóvenes a quienes enseñar y educar con la palabra y el ejemplo.

Trabajo de todas las horas, sacrificios, luchas, mortificaciones, pobreza, la santa y bendita pobreza que sólo les deja suyo el nombre propio. Un amor sin límites a la humanidad buscando el amor sin límites de Dios. El espíritu de Don Bosco inspirando toda acción bajo la guía del Doliente Crucificado y la protección maternal de la Virgen Auxiliadora. En esta trinidad está el secreto salesiano, e Iturriza aprendió a descifrarlo a cabalidad. Después lo aplicará a plenitud en su actividad episcopal.

Hemos querido anotar con cierto detalle esas etapas de la vida de Monseñor Iturriza no para abundar en su biografía, ya de muchos sabida, sino para remarcar la dura y esforzada escuela donde aprendió a templar el carácter, a ser humilde, a servir antes que ser servido.

Un poco de historia personal

Permitidme ahora un poco de historia personal, para refrescar esa honda vivencia espiritual que me ata y vincula con los mejores lazos del cariño a este egregio Obispo emérito de Coro. Tengo el privilegio de haber conocido al Iturriza salesiano allá por 1930, cuando ejercía de Prefecto en el Colegio de Sarría y con mis cortos años infantiles llegaba interno desde mi lejana Güiripa. Recibí entonces su bondad y cariño para enjugar mi desamparo. Por mis cortos años no llegué a recibir sus clases pero experimenté su influjo bienhechor. Eran los designios de Dios que enredaba y acomodaba caminos por donde se cruzaban vidas y aconteceres, para unir a Castillos con Iturriza.

En ese mismo Colegio San Francisco de Sales estaba la huella primigenia de Monseñor Lucas Guillermo Castillo Hernández, quien estudiara allí a los principios de esa institución y luego fuera el primer venezolano que ingresara a la Orden

Salesiana. Los caminos de Dios le marcaron a Castillo otros rumbos y una penosa enfermedad le obligó a dejar los salesianos, pero en su corazón y en su vida siguió fiel a los postulados de Don Bosco. Fue Sacerdote secular, Cura de su pueblo San Casimiro de Güiripa y primer Obispo de Coro por casi 17 años, en cuya Diócesis lo sustituirá Iturriza cuando fuera elevado al Arzobispado de Caracas. Desde esa raíz salesiana arranca quizá la afinidad de las familias Castillo e Iturriza, cuyo calor amistoso acendrabamos en nosotros tanto el Prelado Lucas Guillermo como mi inolvidable padre don Rosalio.

El Padre Iturriza fue trasladado a otro colegio y de nuevo lo volví a encontrar en Valencia, cuando los salesianos iban a establecer su granja y escuela agrícola de Naguanagua. Un día de 1934 en unión de mi entrañable padre acompañamos al Padre Iturriza, que con una horqueta de sauce ejercía su función radiestésica de buscar unas vetas de agua para abrir un pozo.

Después lo volví a ver en Los Teques, allá en la casita de La Florida donde regentaba el oratorio festivo que acababan de iniciar allí los Salesianos, en ocasión de visitarlo con mi nombrado padre, y luego en setiembre de 1935 en el Liceo San José de Los Teques, cuando esta institución comenzaba su fecunda vida bajo la conducción salesiana. En unión de dos de mis hermanos, Manuel y el hoy Cardenal Castillo Lara, fuimos de los primeros alumnos del Liceo. Allí tuvimos el privilegio de estar bajo la dirección del querido e inolvidable Padre Isaías Ojeda, cifra y resumen de los salesianos venezolanos, alma de apóstol y maestro insigne de juventudes. A su lado el Padre Iturriza, y los Padres Juan Pablo González, Francisco Seijas y otros salesianos, todos ellos beneméritos educadores.

Fue corta la pasantía del Padre Iturriza por el liceo, pero de sus actuaciones allí recuerdo una excursión a Güiripa en los primeros meses de 1936, que un grupo de liceístas hicimos bajo su comando. Casi una proeza que nos llevó 15 horas de agotadora marcha nocturna por entre montañas y breñales, sin caminos conocidos, y donde brilló la veteranía y condiciones del Padre Iturriza. Por ser reciente la muerte del dictador, la escasa gente que por allí habitaba al sentirnos pasar cerca de sus ranchos nos conminaba a alejarnos amenazándonos con sus armas, suponiendo que éramos bandidos o alzados, y más al decir que entre nosotros iba un cura.

Pocos meses después el Padre Iturriza era trasladado a Valencia y seguidamente a Valera a dirigir el Colegio Santo Tomás de Aquino, en donde realiza una excelente labor que dejó huella en aquella tierra. Allá estaba en 1939 cuando se produce la sede vacancia de la Diócesis de Coro, por la exaltación de su titular el santo Obispo Lucas Guillermo Castillo a la Arquidiócesis de Caracas, primero como Arzobispo Coadjutor y luego Titular.

La elección episcopal

Tal como relata el doctor Oscar Beaujón, ilustre hijo de esta tierra: "El nombre del Padre Iturriza empezó a sonar gratamente en el oído de los parlamentarios

venezolanos, y sus virtudes circulando en las voces de los amigos, como el doctor Alfonso Mejías y don Rosalío Castillo, fueron abriéndose senderos hasta incluirlo en la terna que fue presentada a las Cámaras reunidas en Congreso” (“La vida catoniana de Monseñor Iturriza”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N° 242, p. 290).

Me consta todo ello como testigo presencial de esos hechos. Acompañé a mi padre en parte de esa devocionada propaganda entre los congresantes y otras personas, a favor del Padre Iturriza. Cursaba mi primer año en la universidad acogida en ese entonces a la vieja casona de San Francisco, y por instrucciones paternas al salir de un examen nos apersonamos con un grupo de compañeros en las barras del Congreso esa tarde del 14 de julio de 1939. Allí se encontraba una nutrida concurrencia de amigos, compañeros y antiguos alumnos del Padre Iturriza dispuestos a alentar y aplaudir su postulación.

El candidato del Gobierno era otro benemérito sacerdote, y por la condición oficialista de la mayoría de los congresantes parecía segura su elección. Sin embargo, Dios tenía previsto otra cosa y la elección de Iturriza fue una verdadera sorpresa. Tal como lo recordaba 41 años después el doctor Gabriel Trómpiz, Diputado en aquel tiempo por Falcón: “Enterado de que había para entonces un modesto sacerdote valenciano ejerciendo su apostolado en Trujillo, y que era un hombre generoso y sencillo que bien podía reemplazar a quien por lustros hizo una gran labor humana en nuestro pueblo, me propuse presentarlo como digno sucesor de Monseñor Castillo. Así, en sesión de Congreso, y luego de haber propuesto el Senador Pocaterra a otro ilustre representante de la Iglesia, presenté como candidato a la Diócesis Vacante al Padre Francisco J. Iturriza Guillén. Hablé de sus condiciones humanas y de su sencillez bien acoplada a la sencillez innata del corazón del coriano etc., y tuvimos la suerte de que esta proposición prosperara” (BHILLA TORRES MOLINA. *Monseñor Iturriza. Imágenes y conceptos*).

Después de una reñida votación que hubo de perfeccionarse en una segunda vuelta, fue proclamado electo el Padre Iturriza y el Santo Padre lo preconizaba Obispo de Coro en noviembre de 1939. Iturriza no esperaba ni aspiraba a ese honor y a esa carga episcopal, que cambió su límpido horizonte salesiano. Su espíritu templó y se anonadó ante la responsabilidad del Pastor, pero su humildad profunda y sincera turvo que inclinarse ante el mandato de la Iglesia, que obra siempre ante los dictados del espíritu.

De unas santas manos

El 18 de febrero de 1940 Iturriza era consagrado Obispo en el Santuario Salesiano de María Auxiliadora en Caracas, por el Arzobispo Lucas Guillermo Castillo su antecesor en la Diócesis coriana. Las benditas manos del pontífice consagrante al trasmitirle la sucesión apostólica conferida por el Espíritu Santo, le entregaban también las llaves del corazón de la tierra falconiana. De una tierra que Castillo amaba y seguirá amando entrañablemente hasta el fin de sus días, porque ella era la flor de sus afectos. Con alegría gozosa la entregaba a su sucesor, por-

que sabía eran las mejores manos para continuar cultivando con exquisito amor aquella heredad de Dios que había ayudado a edificar desde sus cimientos.

Conforme el ceremonial litúrgico, el consagrante colocó el Evangelio sobre la cabeza y espaldas del elegido y después le impuso las manos pronunciando las solemnes frases: "Recibid el Espíritu Santo". Las palabras del prefacio rubricaban la forma sacramental: "Perfecciona en tu sacerdote la plenitud de tu ministerio y, revestido con todos los ornamentos de la glorificación espiritual, santifícale por la celestial unción".

En virtud de su consagración, el nuevo Obispo era sucesor de los Apóstoles, Pastor de la iglesia coriana, Maestro de la doctrina, Ministro para su gobierno, Sacerdote del culto sagrado. Había recibido la función de santificar, de enseñar, de regir su iglesia en comunión con la cabeza Apostólica y los miembros del Colegio. El Obispo Iturriza será todo eso y hará todo eso a plenitud, pero adornado con su especial sello característico de humildad, mansedumbre y caridad.

El 10 de marzo de 1940 el nuevo Pastor entraba a su Diócesis, y al día siguiente tomaba posesión de ella de manos del santo Arzobispo Lucas Guillermo Castillo. En ese instante un hombre todo corazón nacía para la historia, en esta tierra de corazones.

Padre espiritual

Su parábola episcopal en Falcón se proyecta en esos 40 años siguientes en una prodigiosa acción pastoral, celebrada y admirada por propios y extraños, amigos y contradictores, cristianos e indiferentes. Todos han reconocido en él, más allá de la inmensa labor cumplida, su condición de padre espiritual. Ha repartido a mano abierta las obras de su espíritu, ha sembrado ejemplos de vida pura y limpia, ha dado testimonio de auténtica pobreza y desprendimiento. Ha dictado su lección de fe y de humildad, de sacrificio y lucha constante, de dolor y contradicción, y su calle de amargura la ha dejado florecida de perdones y de amor. Se ha entregado todo él, con cariño y ternura a sus hijos espirituales. Por eso y por mucho más, Iturriza se ha convertido para Coro y Falcón en una tradición viviente, de quien se cuenta y recuenta sus andanzas para aureolarlo con la devoción de todo un pueblo.

En 1980 se cierra oficialmente ese ciclo con su renuncia a la sede coriana por límites legales de edad, cuando su espíritu fresco y vivo podía dar la cosecha refinada de su mejor y más añejada solera. Con tanto trabajo que siempre ha tenido encima nunca ha tenido tiempo para envejecer, y conserva esa indefinible edad en que se derrocha siempre el corazón.

Pero su dimisión titular sólo ha implicado retiro de sus funciones episcopales, mas no su preocupación por esta amada tierra. Conserva íntegra y activa su condición de hombre de Dios, empeñado en buscar almas para llevarlas a Cristo a través de su palabra. Desde la cúspide patriarcal de Obispo emérito, sigue sembrando sus esfuerzos en esta tierra con tesón admirable.

Aunque el paso de los años y el peso de tantas obras debía reclamar su porción de descanso al rescoldo cariñoso de su pueblo, lo vemos repiquetear por calles y casas en busca de alguien que lo necesite. A veces mientras la tarde se le insinúa entre los salmos de su breviario, la charla de algunos muchachos le enciende de nostalgia el agua buena de sus pupilas.

En el Museo Diocesano Lucas Guillermo Castillo, una de las obras de mayor trascendencia de su pontificado, con frecuencia se le encuentra entregado a su pastoral a través del arte, porque esta institución para Iturriza no es sólo manifestación artística sino pedagogía cristiana. ¿Quién puede decir que no hay acción pastoral en este Museo Diocesano de Coro? Si en él hay una enseñanza genuina y auténtica de nuestra fe a través de esa admirable colección de imaginería, pinturas y orfebrería colonial, que además de desenvolver ese pasado histórico nos muestra en su plasticidad las raíces en donde afincó su religiosidad nuestro pueblo. Todo ello cobra vida fértil y se hace lección viva, cuando el Obispo emérito nos traza la historia y significación de cada pieza.

Su oración activa

La historia de sus 40 años de pontificado es ampliamente conocida, no sólo en Falcón sino en Venezuela entera. Ha sido descrita, comentada y alabada en diversas formas y tiempos por autorizadas y brillantes plumas. Son tantas sus obras, tan variadas y de tal significación que el reseñarlas excede en mucho los límites de este discurso. Por eso nos contentaremos con la simple mención de algunas de ellas, no para su conocimiento pues todos las tienen en la memoria, sino para reafirmar su trascendencia.

Su acción episcopal no estuvo ceñida únicamente a los lineamientos meramente doctrinales, sino que se prodigó en obras de bien común y de servicio a la colectividad falconiana, como un medio para la realización concreta de esa fe que estaba obligado a proclamar. Por eso, más allá de sus campos espirituales el Pastor se dobló en promotor y líder de toda obra y empresa en beneficio de la comunidad.

Sin embargo, en esa su oración activa nunca cayó en la embriaguez de la acción constituyéndola en fin, ni olvidó que el Reino de Dios se construye en este mundo pero que no es de este mundo. Tal como dice el Papa Juan Pablo II al referirse recientemente al cura de Ars, el sacerdote ha de estar próximo a las preocupaciones humanas, pero siempre como sacerdote, mirando a la salvación de los hombres y al progreso del Reino de Dios (Carta del Papa Juan Pablo II a los sacerdotes de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo de 1986).

Es así cómo a lo largo de esos 40 años episcopales se le encuentra a Iturriza dando vida y calor a los más diversos proyectos e instituciones, aun de simple carácter material, bastaba sólo que fueran a favor del pueblo. Ahí estaba en primera línea siempre que la iniciativa implicara el progreso de esta región, hasta entonces tan deprimida, y ello como medio para obtener el desarrollo del hombre falconiano y que lograra su acceso a los bienes necesarios para su vida y cultura.

Sembrando sueños

Su acción se prodiga en la promoción de una amplia gama de obras espirituales, sociales, culturales y financieras que hoy pueden parecer corrientes, pero que en aquel estrecho medio coriano de esos tiempos parecían sueños desmesurados. Sin tener participación económica en ello se le ve figurar en las juntas promotoras del Banco Regional de Coro, del Hipotecario de Falcón, de una entidad de ahorro y préstamo y una sociedad financiera regionales, en los Ferrys del Caribe, la Clínica Don Bosco y otras cuantas obras más. Interviene decisivamente para que se instalaran en Paraguaná las Refinerías de Amuay y Cardón e impulsa la represa del Isiro.

Quien no conociera a Coro ni a Iturriza podría preguntar, ¿qué tiene que ver un Obispo con la promoción y creación de esas empresas económicas y obras materiales? A primera vista podría parecer que poco o nada. Pero un coriano le respondería, que eran fundamentales para abrir caminos al desarrollo de esa deprimida tierra. Iturriza le diría que todos eran medios fecundos para su apostolado.

Dentro de lo educacional y cultural promueve y apoya la universidad para Coro, el instituto universitario tecnológico, diversos colegios de primera importancia, escuelas en abundancia, artesanados, ateneos, coral, Biblioteca de Autores y Temas Falconianos. Con admirable conocimiento y amor a la tierra escribe sus apuntes geográficos de Falcón y otros trabajos históricos, impulsa la reconstrucción de monumentos coloniales e históricos, y rescata la vigencia de una tradición y un pasado, que hoy exhibe su identidad en su bello centro colonial.

Abondando el surco

Y en lo estrictamente religioso la figura de Monseñor Iturriza se agiganta como ductor y maestro, como padre espiritual de una Diócesis que no sólo cuida y rige con amorosa devoción sino que en gran parte crea y edifica, ahondando el surco que iniciara su venerado antecesor. Son esas realizaciones que por resabidas se callan o se aminoran dentro de la perspectiva de las cosas comunes. Ha sembrado por toda la geografía falconiana templos y escuelas como sus mejores siembras, porque para él la escuela es un templo y el templo una escuela. Ha creado gran número de parroquias, edificado asilos, seminario, restaurado Catedral e iglesias, evangelizado a diestra y siniestra a su grey e insuflado vida fértil a la vacilante fe.

Todo esto se dice en resumidas frases, pero qué larga y sacrificada senda ha tenido que recorrer para construir esta infraestructura religiosa, que hoy permite exhibir una Diócesis cristiana de primera magnitud. ¡Cuántos dolores enterrados en la base de sus heroicos esfuerzos! Dios los conoce allá arriba y en el momento que él quiera distribuirá su recompensa. Podemos estampar aquí las voces del salmista: “Señor, contaste todos mis disgustos. Dios mío, recogiste mis lágrimas en tu cántaro”. Y exultar en otro salmo: “El sembrador que siembra entre lágrimas, cosecha con júbilo. Al ir, camina llorando, mientras esparce las semillas: de vuelta, viene cantando, trayendo sus gavillas” (*Salmo*, 125).

A esta cosecha hacía referencia el Papa Paulo VI, en sus bellas frases de salutación a Monseñor Iturriza en ocasión de sus Bodas de Plata Episcopales: "Las magníficas obras que al efecto has guiado, ya en favor del culto, ya en favor de la juventud, ya de la caridad o de la cuestión social y otras muchas muy útiles al progreso, de tal manera han sobresalido, que ellas mismas de buena voluntad te consagran un monumento digno de verse". Y años más tarde ese mismo Romano Pontífice al congratular a Iturriza en sus Bodas de Oro Sacerdotales, le expresaba: "Los pobres y necesitados tuvieron la mejor parte de tu celo. Con tu agudo ingenio te adelantaste a las necesidades de los tiempos, de modo que proveíste adecuada y oportunamente con habilidad al bien espiritual, intelectual y social de los fieles a ti entregados" (en BHILLA TORRES MOLINA. *Monseñor Iturriza. Imágenes y conceptos*. Escuela Técnica Popular Don Bosco).

¿Qué mayor elogio puede desear un cristiano, un sacerdote, un Obispo, que esas encomiásticas frases del Santo Padre? Ese reconocimiento que le dio el representante de Cristo en la tierra, a la obra realizada por este sucesor apostólico en la historiada tierra de Coro, son su mejor aval y su más insigne presea. Todo lo demás sobra y parece supérfluo ante esas augustas palabras.

Aproximación a una biografía espiritual

Todos esos datos y fechas sirven para la historia oficial de la vida de Monseñor Iturriza. Mas para trazar las líneas de aproximación a una biografía espiritual es necesario tomar en cuenta lo que no se ve, lo pequeño, lo humilde, las cosas de todos los días, la virtud, el sacrificio, la renunciación, la pobreza, la alegría, el dolor. Esto no tiene dimensión ni cabida en una historia humana: y, sin embargo, es lo que forma la historia íntima y verdadera de un hombre y la única que cuenta para Dios. Y en Monseñor Iturriza ésta es una historia transida de fe, de amor y de humildad.

Se le siente pleno de claridades, como una lumbre siempre erguida en el candelero de su fe. Hombre de Dios, su luz le brota de adentro en bocanadas de amor. Algunos destellos de ese maravilloso mundo interior se le asoman en esa luminosa dulzura de sus ojos, clamantes de piedad como Cristo, que llaman con amor infinito a sus hermanos.

En sus labios aflora una leve sonrisa de suave mansedumbre, como una agua buena que difundiera en sus rasgos la serenidad de su armonía interior. Esa sonrisa, tal como lo trasunta el mismo Iturriza en uno de sus delicados y anónimos versos: "Marca el rumbo aquí en la tierra/ Y hacia el cielo se marcha" (*Glosas de un viaje a España. La Catedral de Segovia*. DOUGLAS MILLÁN). No extrañe a algunos esa vena lírica de Iturriza, porque él es poeta, hijo y hermano de poeta. Por linaje le viene la celeste lumbre que se derrama en sus predios interiores, sin aflorar por modestia a la obra publicada.

Para aproximarse a ese mundo espiritual de Iturriza podría pensarse en el agua, aquella agua viva de que hablaba Cristo a la Samaritana de Sicar, junto al

pozo de Jacob: "Quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed: antes, el agua que yo le daré, vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna" (San Juan 4, 13, 14). Y esto ha sido Iturriza para la gente de esta tierra, manantial de esa agua vivificante de toda sed. Pero el agua por su ser elemental es humilde y no pregona su función de vida sino que la ejerce a plenitud con la silenciosa eficacia de las cosas simples. Así es y así ha sido Monseñor Iturriza en esta grey falconiana, un agua viva para la sed de los hombres en su sed de Dios, que se ha derramado generosa pero humildemente en el corazón de esta tierra.

Tres claves definidoras de su vida

Por encima de todas las virtudes que adornan a Monseñor Iturriza, hay tres que son claves definidoras de su ser y de su acción: bondad, humildad y amor. Dios es amor, infinito y absoluto amor, y por amor misericordioso a los hombres nos dio a su Hijo en la Redención. Iturriza ha realizado en su vida el divino mandato: "Amáos los unos a los otros como yo os he amado". Y por amor a El ha amado a sus hermanos, no sólo a los de su mismo afecto sino a todos. A los pequeños y humildes, que son su porción predilecta, a los ricos y poderosos, a los que creían y a los que estaban en la acera de enfrente, a los fieles y a los indiferentes, a los amigos y a los que le ofendían y sangraban.

Su alma llena de Cristo se siente unida estrechamente a las otras almas sus hermanas y con un amor que es todo entrega se da a todos. Desde sus palabras de apóstol, sus ejemplos, sus virtudes hasta sus medios materiales. Su desprendimiento de riquezas es proverbial, porque él ha amado la pobreza en sí misma y a imitación del óbolo de la viuda ha dado incluso de su misma pobreza.

La bondad generosa de Monseñor Iturriza le fluye copiosamente del corazón, y se le riega como un agua mansa en todos sus actos. Le brota en sus palabras, en sus miradas húmedas, en su sonrisa dulce, en sus gestos paternales, en el abrir de sus brazos para acoger a los hombres. Es una bondad natural, espontánea, que se calca en las palabras de Cristo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11, 29).

Su vida ha sido esencialmente humilde, con una humildad ingénita que convence y atrae. Sobre él han llovido honores y dignidades, pero él los ha aceptado como una forma de servir a Dios y nada más. Si lo han colocado en los primeros puestos ha tenido siempre presente las palabras evangélicas: "El mayor entre vosotros sea vuestro criado" (Mateo 20, 26).

Debajo del pectoral y el anillo ha estado siempre presente con limpio timbre de orgullo la humilde sotana del sacerdote, oscura ante los hombres, luminosa ante Dios.

El mejor elogio de Iturriza es su sacerdocio: íntegro, puro, auténticamente fiel. Lo ha desempeñado con humildad, con vocación de sacrificio, con entrega total y desinteresada. La Consagración Episcopal le dio la plenitud del sacerdocio al

profundizar su dimensión. Al hacerlo más siervo de los siervos de Dios. Es un hombre que vive intensamente su fe y actúa su ministerio centrado únicamente en Cristo, raíz y definición de su mundo. Su vivir se halla tan sumergido en ese insondable misterio del amor de Dios del cual se le ha hecho dispensador, que nos recuerda el inefable misticismo de San Juan de la Cruz: “Esta vida que yo vivo/ Es privación de vivir:/ Y así es continuo morir/ Hasta que viva contigo:/ Oye, mi Dios, lo que digo,/ Que esta vida no la quiero:/ Que muero porque no muero” (*Coplas del alma que pena por ver a Dios*).

Se puede seguir espigando en los campos espirituales de Monseñor Iturriza y hablar de su piedad, de su apostolado, de su pureza, de sus obras de misericordia y de tantas muchas facetas de sus itinerarios íntimos, pero ello desborda los límites de un discurso.

Un hombre historia

Aunque se mueve en planos sobrenaturales, su vida virtuosa y sus rasgos contemplativos no lo han deshumanizado. Mezcla admirablemente su condición religiosa con la clara visión de las realidades materiales que lo circundan, porque es un hombre que vive y actúa entre hombres, pero piensa, siente y vive por y para Cristo.

Sublimiza la humanidad purificando el barro y encendiéndolo hacia Dios.

Monseñor Iturriza es un hombre historia, porque la ha hecho en cuarenta y tantos años de su vida episcopal, y la ha hecho con humildad y esfuerzo, con sacrificio y esperanza, con fe y con amor. Pero la ha hecho con tal autenticidad a su vocación, que está grabada con letras de oro en el corazón de esta tierra.

Por eso la historia de Falcón en estas décadas mediadas del presente siglo está irremediamente unida a Monseñor Iturriza. No puede hablarse de acontecimientos sociales, económicos, culturales y religiosos en esta tierra, en donde no aparezca la huella ductora del Obispo Iturriza. En todo instante se le advierte o se le adivina animando, promoviendo, canalizando voluntades, dirigiendo toda actividad encaminada al progreso y desarrollo de esta tierra.

Siempre ha estado en sintonía con su pueblo, al cual se ha entregado con bondad, sencillez y mansedumbre admirables. No ha sido un mero contemplativo sino un hombre de Dios que ha actuado su fe prodigándola en permanente servicio, porque su misión ha sido darse en oblación de amor. Podría exclamarse con San Pablo: “Aunque tengáis mil maestros en Cristo, no tendréis varios padres, porque yo os he engendrado en Cristo por el Evangelio” (I Cor. 4-15).

Los falconianos son su corona y su gloria, y Monseñor Iturriza es el símbolo del espíritu falconiano, casi diría un arquetipo de sus mejores y más fundamentales valores. Consustanciado con esta tierra, que si bien no le vio nacer sí le nació a él allá dentro del corazón, se siente tan coriano como el que más y Falcón lo tiene como el mejor de sus hijos. Por eso él afirma con legítimo orgullo, que es coriano

hasta el tuétano del alma, y que podrá haber quien quiera a esta tierra igual que él, pero no quien la ame más que él.

Ni aun después del cese de su Episcopado titular ha querido separarse de esta heredad coriana, y se mantiene aferrado a ella como la yedra a la pared que la acuna. “Quiero, dijo en solemne ocasión, seguir aquí y seguir siendo, si el Señor me lo permite, un trabajador en los campos de Cristo, que son muy amplios” (*Monseñor Iturriza. Imágenes y conceptos*). Más aún, mantiene como uno de sus más caros anhelos que igual a su vida que entregó devocionado a esta tierra de sus quereres, cuando Dios lo disponga, en un futuro que esperamos sea muy lejano, su cuerpo sea sembrado en esta coriana tierra para esperar en sus brazos de madre amorosa la gloria de la resurrección. Es el signo definitivo de su donación total.

Siempre al servicio del amor

¡Qué ramazón tan grande le ha venido creciendo entre los arborecidos brazos, para poder apretar en su corazón a tantos hijos espirituales! Ya no son renuevos ni ramajes sino rumoroso árbol de amor. Por eso lo celebramos en las voces del Salmista: Como olivo frondoso en la casa del Señor, contemplando a “sus hijos, retoños de olivo en torno a su mesa. Así serán reducidos los que temen al Señor” (*Salmo 33*).

La tarde amontona espigas en sus íntimas eras y las cosechas desbordan sus trajes de amor. Ya no tiene el cayado de Pastor entre sus manos, ahora su báculo es el inmenso cariño de todo un pueblo que lo aclama y lo venera. La gratitud coriana lo ha sembrado en bronce al aire y a la luz de estos ardidos cielos, pero él ya está plasmado en bronce de cariño en el ancho corazón falconiano. Esa estatuaria visceral coriana, se la venimos hoy a entregar con devoción de sangre conmovida a este admirable y preclaro Obispo Iturriza, que se ha dado todo a todos para que todos sean de Cristo.

Hace pocos días expresaba el ilustre venezolano Dr. Arturo Uslar Pietri, en el homenaje que se le rendía en el Congreso: Que como un viejo soldado de la esperanza estaba presente para el servicio de la Patria. Glosando sus frases podríamos afirmar de este eminente Obispo Francisco José Iturriza: Que aquí está un viejo soldado de amor presente para el servicio de Venezuela, que como humilde siervo de Dios se ha hecho viejo de tanto amar. Y que aquí está una vieja ciudad que se ha hecho joven para recibir el amor.